

de los proyectados engrandecimientos de la casa de Austria el asentimiento ó quizás el auxilio de la Francia con motivo de la alianza entre las dos potencias. En este escrito decia entre otras cosas: «No quiero investigar si esta casa ha cumplido siempre y concienzudamente por su parte los deberes que le imponia su alianza con V. M., ni si por el contrario ha tratado de abusar de esta alianza, faltando al respeto que se debe á la corona, y procurando desacreditar á la Francia y rebajar el valor de la proteccion que V. M., siguiendo el ejemplo de sus ilustres mayores, ha dispensado á los príncipes de Alemania para conservarles sus legítimos derechos. La Francia no puede emplear todos sus recursos en favor de la alianza de 1756, porque tambien tiene que cumplir las obligaciones que le impone el pacto de familia con España; y mucho menos puede prestar su cooperacion á los planes que el emperador tiene en Alemania, y que evidentemente se dirigen á «aniquilar algun dia al rey de Prusia y al partido protestante en aquel país.» Mirado el asunto desde el punto de vista moral, no merece muchas consideraciones el rey de Prusia; pero considerado desde el punto de vista político, la Francia tiene mas interés que ninguna otra potencia en que conserve su posición actual. Conviene tenerle apartado del Rhin; pero es igualmente conveniente no permitir de ningun modo que se le debilite del lado del Elba y del Oder, porque en la situación actual hay que considerarle como un aliado natural de la Francia.»

Este era el principio político de un hombre de Estado que miraba la alianza del año 1756 puramente desde el punto de vista de los intereses franceses, y para el cual aquella alianza solo tenia mérito y valor en cuanto garantizaba la paz. Vergennes estaba decidido á no permitir que el Austria abusase por mas tiempo de esta alianza para sus fines militares; y como en este punto el rey estaba enteramente de acuerdo con sus ministros Vergennes y Maurepas, esto explica por qué el emperador José II nada alcanzó de los tres, y aun probablemente desde las primeras insinuaciones conoció lo inútil de empeñarse en su pretension. Para no agravarle, el rey le dirigió á sus ministros y estos debieron de excusarse con el estado cada vez mas tirante de las relaciones con Inglaterra y con la expectativa de una guerra marítima, tal vez inevitable, para justificar una política de abstencion rigurosa en los asuntos de Alemania. Solo la reina parece haber prestado finalmente oído á las repetidas instancias de su hermano y haberle prometido apoyar sus deseos. Así se desprende en cierta manera de la carta de José II del 9 de junio dirigida á su hermano Leopoldo, en la cual habla de la reina en un tono mucho mas favorable que antes, al paso que confirma su juicio anterior sobre el rey y se expresa con mas acritud sobre los ministros. Del rey dice: «Es muy débil; pero no por esto es imbécil; tiene ideas y criterio; pero es una naturaleza física é intelectualmente soñolienta. Sostiene una conversacion discreta, pero no siente ninguna necesidad de saber mas que lo que sabe. En fin, en él no se ha verificado todavía el *fiat lux*. Es todavía un material en bruto que espera la mano creadora que le dé forma.» De los ministros dice: «No tienen sistema decidido, ni valor, ni firmeza de carácter; solo quieren tirar adelante sin mirar á la derecha ni á la izquierda, y toda su sabiduría consiste en recursos y medios mezquinos. Se derrochan sumas inmensas para armar la escuadra; 14 buques de guerra están á punto de hacerse á la mar, pero no se atreven á salir por temor de suscitar una guerra que temen; lo cual no obsta para que envíen á los americanos oficiales, cañones y material de guerra.» En estas últimas frases se observa claramente el despecho que le causaba el armamento y los preparativos para una guerra marítima que dificultaban la

ejecucion de sus planes en el continente; pero el juicio que al marcharse de Versalles formó de la reina, prueba la esperanza que se llevó, por lo menos de ella, porque escribió: «Me ha costado arrancarme de Versalles, habia cobrado realmente un grandísimo afecto á mi hermana, y al ver el dolor que le causó la separacion se aumentó el mio. Es mujer amable y honrada, aunque algo jóven y aturrida; pero la posición respetada que se ha creado es debida al fondo de honradez y de virtud que tiene. A esto agrega un don de observacion que con frecuencia me ha sorprendido por su exactitud. Su primer impulso es siempre el mas acertado, y si lo siguiese, si reflexionase un poco mas, y escuchase un poco menos á la caterva heterogénea que la rodea, seria una mujer perfecta. La pasión por las diversiones la arrastra; y conociéndolo la cogen por su flaco, la dominan; y las personas que consiguen poderle ofrecer mayor variedad de recreos son escuchadas y preferidas por ella. Su modo de tratar al rey es único en su clase; le obliga á hacer cosas que nadie se habria atrevido siquiera á pensar.»

Se ve por esta carta que el severo censor imperial habia cobrado afecto á su hermana, porque esta niña mimada, con pasmosa penetracion intelectual habia comprendido al fin la bondad de los planes que él le habia propuesto; y segun él, si siguiera esta primera impresion que le habia comunicado á fuerza de trabajo, si no se dejara extraviar por otras personas, y si hiciera valer su influencia soberana en el momento decisivo, podria ser una mujer perfecta á pesar de su volubilidad y de su pasión por las diversiones. Esto demuestra que las quejas de la madre, del hermano y del embajador acerca de la conducta frívola de la reina eran mas interesadas de lo que parecian, y que á no ser por el temor de que perdiera con su carácter frívolo su influencia sobre el rey, la corte y la opinion pública, y de consiguiente llegara á ser inútil para los fines de la corte de Viena, poco ó nada habrian disgustado á aquellos personajes sus caprichos superficiales y sus intrigas. Cuando la emperatriz la suplicaba tan solícita y rendidamente que refrenara su loca afición á los ejercicios ecuestres, no pensaba tanto en su hija, como en la madre del futuro é indispensable heredero del trono de Francia que debia dar á luz, y que una caída de caballo podia desgraciar, aplazando ó desvaneciendo para siempre la esperanza de tan deseado nacimiento. Del mismo modo cuando su hermano el emperador le predicaba la seriedad, el trabajo y el estudio, no pensaba en ella como hermana, sino como palanca é instrumento de la política austriaca, para cuyo objeto se la habia colocado en aquel elevado puesto. Es indudable que no podia fomentar bien aquella política entreteniéndose en diversiones necias y extravagancias caprichosas que nada convenian á los planes austriacos. La esperanza de que no serian estériles las lecciones que él le habia dado personalmente fué la que consoló á José II cuando hubo de partir de Versalles y le hizo mas llevadero el dolor de la separacion. En efecto ya veremos que no pudo tener queja de su hermana cuando llegó el caso previsto.

Federico II, bien informado por su embajador conde de Goltz, del mal éxito que habia tenido el emperador José en la corte francesa, aprovechó esta circunstancia para ponerse otra vez en buen lugar en Versalles, y encargó á su embajador que dijese al conde de Maurepas que recibiria una gran satisfaccion si el gobierno francés le mandara una persona de confianza con la cual pudiera entenderse sobre el modo de estrechar mas y mas las buenas relaciones entre los dos soberanos. Maurepas recibió esta comunicacion con gran alegría y envió en seguida un señor de Jaucourt con la misión aparente, porque era militar, de asistir á las maniobras que las tropas prusianas habian de ejecutar cerca de Magde-

burgo. En 26 de mayo de 1777 presentóse Jaucourt al rey, con el cual tuvo muchas entrevistas secretas de grandísima importancia. Sobre ellas escribió Federico II en sus Memorias: «Las conversaciones versaron primero sobre el tratado de paz y se discutieron los sucesos ocurridos hasta el momento de la entrevista. Se trataron muchas cuestiones relativas á lo pasado y á lo presente, sin omitir la ambicion desenfadada del emperador; y finalmente, despues de examinar á fondo los intereses de ambas cortes, confesó el señor de Jaucourt que una alianza de Francia con la Prusia seria para la primera, y bajo todos conceptos, mas ventajosa que una con el Austria.»

Lo que pensaba Federico II sobre la política austriaca se infiere tambien de otro pasaje anterior de sus Memorias, en el cual habla de la corte de Viena en un lenguaje tan acerado y tan propio para excitar la susceptibilidad francesa, que no parece sino que se escribió expresamente para lectores de esta nacion. «Viena, dice allí el rey, era entonces el foco de todos los planes é intrigas subversivas de la paz de Europa. Esta corte insolente y usurpadora dirige sus miradas á todas partes para dilatar sus fronteras é incorporarse los países vecinos que le vienen á mano. Hacia Levante codició la Servia y la Bosnia. Hacia el Mediodía excitó su apetito una parte del territorio de Venecia, y apenas tuvo paciencia para aguardar el momento en que algun reparto de territorios le permitiera unir á Trieste y Milan con el Tirol. No contenta con esto esperaba la muerte del duque de Módena cuya heredera estaba casada con un archiduque, para arrancar á la Santa Sede á Ferrara, y al rey de Cerdeña á Tortona y Alexandria como países que habian pertenecido siempre al ducado de Módena. Hacia el Oeste veia el buen bocado de la Baviera con cuya incorporacion se ponía en comunicacion directa con el Tirol y quedaba transformado el Danubio en rio casi exclusivamente austriaco. Por otra parte pretendia el emperador que no le convenia que la Baviera y el Palatinado perteneciesen á un mismo soberano; y como en este caso el príncipe elector del Palatinado hubiese sido demasiado poderoso, era mas conveniente que el mismo emperador se apoderara de la Baviera. Desde este país subiendole por el Danubio se llega al ducado de Wurtemberg sobre el cual la corte de Viena pretende tener tambien derechos muy legales. Todas estas adquisiciones habrian formado una especie de galería de países que se habria extendido sin interrupcion desde Viena al Rhin donde podia reclamar la Alsacia por haber formado parte algun dia del imperio germánico, y de allí á la Lorena, antiguo patrimonio de los antecesores de José II. Mirando hacia el Norte vemos aquella Silesia de cuya pérdida nunca se ha podido consolar el Austria y que se proponia reconquistar á la primera ocasion propicia.»

Este cuadro que el rey Federico trazó de los planes ambiciosos del emperador no pudo pasar por exagerado ni sorprender siquiera á la corte de Versalles atendidas la opinion que allí se tenia y la idéntica que habia formado del emperador el baron de Breteuil, embajador francés en Viena, segun se ve por sus comunicaciones á su gobierno. Los proyectos relativos á la sucesion de Baviera se trabajaron en Manheim, capital del Palatinado, tan pública y descaradamente en vida del príncipe elector, que todavía estaba en la mejor edad, que al decir de Federico II se hablaba de ellos no solamente en Alemania, sino en toda Europa.

Inesperadamente enfermó en diciembre de 1777 á la edad de 51 años el príncipe elector de Baviera Maximiliano José y murió de viruelas el 30 del mismo mes en manos de médicos ignorantes. No teniendo hijos, tocó la sucesion á Carlos Teodoro, príncipe elector del Palatinado, que corrió

inmediatamente á Munich, donde ratificó en 14 de enero de 1778 un tratado que su apoderado en Viena, Ritter, habia firmado en aquella capital el 3 del mismo mes y segun el cual cedia al Austria casi toda la Baviera baja y partes de la alta como igualmente el Palatinado alto á título de feudos francos pertenecientes al imperio y á la corona de Bohemia. Inmediatamente ocuparon fuerzas austriacas los territorios indicados y todo habria quedado concluido legalmente, si no hubiese habido otro heredero legal, sin cuyo consentimiento era el tratado nulo y de ningun valor. Este heredero era el duque Carlos II de Dos Puentes, que tambien marchó inmediatamente á Munich. Allí, como era uno de los soberanos mas pequeños del imperio germánico, le intimidaron tanto, que estaba á punto de aprobarlo todo cuando se le presentó á última hora un enviado de Federico el Grande, en la persona del conde de Goltz, el cual logró animarle é inspirarle el valor necesario para rechazar el tratado y protestar solemnemente contra el proceder del emperador. Detrás de esta protesta estaba el rey Federico, y con esto se trasformó la cuestion de la sucesion de Baviera en una cuestion de competencia entre Austria y Prusia.

Este cambio súbito consternó extraordinariamente al emperador José, tan ilusionado con el éxito que juzgaba infalible de su golpe de mano, que no se creeria si no lo hubiese escrito él mismo en varias cartas á su hermano Leopoldo. La ingenuidad infantil con que este emperador quiso hacer política en grande escala, debió parecer á Federico el Grande una verdadera locura. Le faltó la experiencia de su madre que muy apesadumbrada le escribió en 2 de enero esta grave advertencia: «Aunque nuestros derechos sobre la Baviera estuviesen mejor probados y mas patentes de lo que están, seria necesario tener mucho cuidado para no promover una conflagracion general por una ventaja parcial.» Su hijo sin embargo no se cuidaba de cosas para él tan pequeñas, y muy contento y ufano escribió en 5 del mismo mes á su hermano: «El 16 entrarán nuestras tropas. Las circunstancias de Europa son favorables. Todo el mundo está ocupado y atento, por lo cual me lisonjeo de que el golpe se dará pacíficamente y de que esta adquisicion, aunque incompleta, será siempre una gran ventaja, porque no habrá costado nada.» Durante todo el mes continuó en esta ilusion halagüeña, y el dia 29 escribió triunfante: «El rey de Prusia no ha chistado todavía; está muy mal humorado; llama á todas las puertas para saber si harán causa comun con él; pero como las encuentra cerradas, tendrá que armarse de paciencia; y como no se atreverá á proceder por sí solo, pasarán las cosas, con sorpresa del mundo entero, muy tranquilamente, si no me equivoco.»

El primer desengaño le llegó de Versalles. La reina habia cumplido su obligacion; el entusiasmo de los Habsburgos se habia despertado en ella; impetuosa como nunca, pidió al rey la destitucion de sus ministros incapaces y el nombramiento de Choiseul; y recordó á su esposo los deberes de la alianza y de la amistad, mientras su madre le escribia lamentándose y diciendo que si la Francia faltaba á la alianza causaria su muerte. No por esto dejó la reina sus diversiones, ni menos los grandes bailes de la ópera donde muchas veces se quedaba hasta las cuatro de la madrugada; pero á pesar de esto dedicó á los asuntos políticos una atencion que no se cansaba de alabar el embajador conde de Mercy. En sus conversaciones con el rey mostró un ardor y una pasión de que hasta entonces no habia dado la menor señal. A uno de sus sermones sobre el asunto de Baviera, sobre las maquinaciones del rey de Prusia y sobre el peligro del enfriamiento de la alianza austro-francesa contestó el rey: «La ambicion de vuestros deudos lo va á trastornar todo. Han principiado

por la Polonia y ahora nos dan la Baviera como segundo tomo; lo siento por vos.» A esto replicó la reina: «Pero señor, no podéis negar que estabais enterado del asunto de la Baviera y acorde con el plan. —Tan no estaba de acuerdo en él, dijo el rey, que se mandó á los representantes nuestros, acreditados en las cortes extranjeras, que declarasen que esta mutilacion de la Baviera se hacia contra nuestra voluntad y que la desaprobábamos.»

De allí no pasó el rey mostrando en este asunto toda su firmeza con tanto mas motivo, cuanto que se veía por su alianza con los americanos en frente de la probabilidad de una guerra marítima que le hacia de todo punto imposible una guerra terrestre.

En 9 de marzo supo José II con gran pesar suyo que no podía contar con el auxilio armado, ni siquiera con la mediacion de la Francia; que esta se veía en la sensible necesidad de negar, en caso de un ataque, las tropas auxiliares estipuladas; y que había resuelto declarar oficialmente al rey de Prusia que estaba decidida á conservarse completamente neutral en todo. A esta certidumbre de no poder contar con la Francia se agregó á las pocas semanas la certidumbre peor de una guerra con Prusia y Sajonia, porque este último país queria hacer valer tambien sus pretensiones sobre la Baviera, y por último la seguridad de que el ejército austriaco era deficiente en unos 40,000 hombres para poderse medir en campo raso con el mejor capitán de aquel tiempo y la mejor infantería. Esta guerra fué precedida de una correspondencia muy notable entre Federico y José que dió ocasion al primero para sentar un principio que rigió toda su política alemana, y que poco antes de su muerte agrupó á casi toda la Alemania al rededor de su bandera contra el emperador.

Proclamó este principio Federico el Grande en la carta fechada en Schönwalde en 14 de abril de 1778, en la cual contestaba de este modo á otra del emperador fechada en Olmütz en 13 de abril: «Se trata de saber si un emperador puede disponer á su capricho de los feudos del imperio. Si se contesta afirmativamente, resultan ser todos estos feudos lo que en Turquía son los *timares*, una especie de haciendas cedidas al poseedor durante su vida, y de las cuales el sultán dispone de nuevo á su muerte. Pero esto es cabalmente contrario de lo que previenen las leyes, usos y costumbres del imperio germánico. Ningun soberano se prestará á esta innovacion; todos protestarán y apelarán al derecho feudal que asegura la propiedad de estas posesiones á los sucesores de los agraciados, y ninguno de ellos se encontrará dispuesto á garantizar el poder de un déspota que ha de despojarle mas ó menos tarde á él y á sus hijos de las propiedades que poseen desde tiempos inmemoriales. Esto es lo que ha provocado el grito general de los soberanos miembros del imperio germánico contra la manera brutal de apoderarse el emperador de la Baviera. Yo, como miembro del imperio, obligado por la paz de Hubertsburgo á garantir los tratados de Westfalia, me veo obligado directamente á conservar incólumes los derechos, inmunidades y fueros del cuerpo germánico, así como las capitulaciones imperiales que circunscriben el poder del jefe del imperio para evitar los abusos que él mismo podría cometer en vista de su posicion preferente. Esta es, señor, la situacion actual. Mi interés personal no entra aquí para nada; pero estoy convencido de que Vuestra Majestad mismo me tendria por un cobarde indigno de su consideracion si yo abandonara miserablemente los derechos, inmunidades y privilegios que los príncipes electores y yo hemos recibido de nuestros mayores.»

La contestacion del emperador fechada en Littau á 16 de abril fué muy altanera y se expresaba al final en los siguientes términos: «Aguardo tranquilo lo que V. M. se sirva con-

testar ó hacer. He aprendido de V. M. tantas cosas verdaderamente útiles, que si yo no fuera ciudadano y no me moviesen los padecimientos que aguardan á unos cuantos millones de seres humanos, diria casi que me gustaria que Vuestra Majestad tambien me enseñara ahora á ser buen general.» María Teresa, al leer esta contestacion picante, que su hijo envió al *monstruo* Federico, enjugó sus lágrimas, porque comparando el francés de su hijo, el emperador, con el de las cartas autógrafas del rey de Prusia, vió que este último no era superior en todo á su contrario; y así escribió en 18 de abril: «Confieso mi flaqueza; esta carta (la del rey de Prusia), escrita de su propia mano, sin secretario, en medio de 40,000 hombres, sin ortografía y sin estilo, por un rey, ó mejor dicho por un déspota de comedia, me ha causado mucha alegría, porque demuestra que este monstruo no es un sabio tan universal, que no hubiera podido muy bien necesitar en esta ocasion de un prójimo que le lavara la ropa sucia (que le corrigiera las faltas de su carta, aludiendo á la expresion de Voltaire).»

Lo que despues de esta correspondencia ocurrió en Bohemia fué mas bien una negociacion armada de paz que una guerra; porque la diplomacia, buscando afanosamente un arreglo, trabajó incesantemente, mientras que los poderosos ejércitos que se concentraban en el Norte de Bohemia parecian solo destinados á hacer el papel de comparsas. El ejército del emperador ocupaba posiciones inexpugnables en las alturas del curso superior del Elba desde Königgrätz hasta Arnau, sin hacer el menor movimiento para atacar al ejército prusiano de la Silesia, compuesto de 80,000 hombres, el cual desde el condado de Glatz entró en Bohemia por los desfiladeros cerca de Nachod, sin haber hecho los austriacos la menor tentativa para guardar la entrada de estos desfiladeros: falta que Federico despues calificó de imperdonable. Parecia inminente una batalla decisiva entre Nachod, donde acampaba el rey de Prusia, y Königgrätz donde estaba el ala derecha de los austriacos. En 7 de julio José participó á la corte que había ocurrido una pequeña refriega de húsares, que creia ser precursora de grandes sucesos; por lo cual añadió á su comunicacion una nota, escrita en aleman, que empezaba con las siguientes expresiones terroríficas: «Circunstancias extremas reclaman tambien medios extremos. La conservacion de la monarquía depende ahora en esta guerra peligrósísima y pernicioso de pocos instantes infortunados. El enemigo nos es positivamente superior en número; sabe valerse de todos los medios posibles, y hasta es un gran capitán. Nosotros estamos realmente sin aliados, de modo que la monarquía ha de buscar los recursos en su propio seno y no debe contar con otra cosa.»

Por último, José II pedía el inmediato ingreso en caja de 40,000 reclutas, y el último esfuerzo de la hacienda tan cargada ya; lo cual atemorizó tanto á la emperatriz, que escribió en 11 de julio á su hijo que hiciese la paz á cualquier precio, y que si temía parecer intimidado, le atribuyese la culpa á ella y á sus canas, pues que tampoco valian ya para otra cosa. Al día siguiente escribió con el corazón destrozado y mano temblorosa al mismo hombre á quien en las cartas á su hijo jamás había designado sino con el nombre de el *monstruo*, es decir, á Federico el Grande para «abrirle su corazón de madre angustiada,» sin que su hijo lo supiera y antes de que empezaran las hostilidades, para suplicarle que reanudara las negociaciones, interrumpidas por su hijo el emperador. Esta carta que fué entregada al rey de Prusia por el baron de Thugut completamente investido de plenos poderes, concluía con las siguientes frases: «En la viva esperanza de que V. M. accederá á nuestra súplica á toda nuestra satisfaccion y de una manera que no ofenda nuestra

dignidad; y rogándole se digne corresponder con iguales intenciones al vivísimo deseo que tengo de restablecer entre nosotros las buenas relaciones para siempre y para bien de la humanidad y de nuestras familias, quedo de V. M. buena hermana y prima—*María Teresa.*»

Federico el Grande recibió esta carta de manos de Thugut el 17 de junio en Welsdorf, y la contestó inmediatamente en términos muy atentos, prometiendo abstenerse de toda accion decisiva hasta haber hecho una nueva tentativa en el sentido que deseaba la emperatriz, para convenir en las condiciones preliminares de un arreglo que él se encargaba de proponer. Súpolo el emperador por la misma emperatriz y quedó disgustadísimo de lo que había hecho su madre, sirviéndole de muy poco consuelo que esta dijese en su carta: «No puedo expresar cuánto me ha costado dar este paso cerca del monstruo.» Contestóla pues que lo que pedía era equivalente á deponer las armas, y un baldon para él y la monarquía austriaca, al cual preferiria una retirada completa hasta Kuttenberg, y el abandono de Praga; y que dado este paso por su madre, no quedaba ya mas que arrojar el fusil y echar á correr á Italia ó á otra parte, para hacer siquiera verosímiles estas negociaciones de paz.

Antes de transcurrido un mes, se calmó la heroica indignacion del emperador por el paso imprudente de su madre á favor de la paz cuando el feld-mariscal Laudon, el héroe tan celebrado en la guerra de siete años, dió el mas solemne desengaño á las esperanzas que se habían fundado en su talento de gran capitán, poniendo todo el ejército austriaco á punto de quedar completamente aniquilado. Tenia este anciano general bajo sus órdenes inmediatas un ejército de 40,000 ó 50,000 hombres, con el encargo de vigilar los desfiladeros y puertos de la Lusacia y de la cordillera del Erzgebirge, á fin de impedir al príncipe Enrique con su ejército pruso-sajon la entrada en Bohemia. Pues bien, en lugar de atender á este objeto, apostó sus fuerzas cerca de Gasdorf, en una posicion desde donde era la vigilancia de los puertos imposible, y apenas se movieron adelante los prusianos, ordenó la retirada apresuradamente y sin disparar un tiro. A fines de julio entró el príncipe Enrique desde la Lusacia en Bohemia con 80,000 hombres. Encontró libre el paso de los puertos de Georghenthal, y dispersó un pequeño cuerpo avanzado de Laudon mandado por el brigadier Vins arrojándolo á los bosques y haciéndole además 3,000 prisioneros. Teniendo el príncipe sus espaldas libres y asegurada la retirada á Zittau, se adelantó y se desplegó en la direccion de Kamnitz, Zwickau, Gabel y Niemes; mientras Laudon, sin pensar siquiera en la resistencia, se retiraba desde el Elba al Iser para decir al emperador desde Munchengratz que todo se perderia si se veía forzado á librar batalla en la posicion insostenible que ocupaba, y que solo emprenderia tan temeraria accion por orden expresa del emperador. En vista de esto, pasó el emperador personalmente al indicado cuartel general, donde encontró la confusion mas espantosa. Todos habían perdido la cabeza y corrian de una parte á otra como la tripulacion de un barco que se está hundiendo. Sobre esto escribió á su madre en 14 de agosto: «El feld mariscal Laudon ha perdido la cabeza desde el momento en que el príncipe ha entrado en Bohemia; pero la ha perdido completamente. En lugar de sostenerse como estaba acordado en las fortificaciones y posiciones de Niemes, ha huido, pues no puede decirse de otra manera, sin disparar un tiro, y sin haber visto siquiera al enemigo hasta hoy. Con esto ha abandonado el Elba al enemigo, y le ha dejado salir de las montañas, de las cuales todavía los prusianos no han podido sacar su artillería, y eso que no tienen quien se lo estorbe. Si yo no hubiese venido, habría abandonado Laudon tambien

esta posicion, porque he encontrado las tiendas ya plegadas. No puedo pintar á V. M. la pena, el tormento, la lucha interior, en fin el estado en que me hallo. Cien proyectos, y todos desechados; un cambio continuo. Laudon está desesperado por lo que ha hecho, lo siente y quisiera haber muerto; pero el mal ya no tiene remedio. Si la paz se arreglase seria lo mejor, porque de otra manera tendremos muy pronto el Elba á nuestras espaldas y el enemigo tendrá en sus manos todo el país. Yo no puedo responder de un solo día, pues si se nos presenta la batalla ha de suceder lo que digo. Hoy salgo de aquí, pero con dolor, porque es imposible describir la confusion y las contradicciones que aquí reinan, y que desesperan á todo el mundo, particularmente á las tropas ligeras que están muertas de cansancio y cuyo ánimo no puedo levantar sin perjudicar la autoridad del feld-mariscal que debo conservar para otra ocasion importante en que la necesite y en que nos podrá ser muy útil.»

El peligro, en efecto, era muy grande; si el príncipe Enrique y el rey de Prusia, su hermano, que respectivamente habían llegado hasta Niemes y Hohen-Elbe con sus fuerzas, hubiesen operado su reunion y hubiesen avanzado juntos hácia el Iser, los austriacos, segun dijo despues Federico, habrían tenido que abandonar su campamento inexpugnable, y no habrían podido detenerse en su retirada hasta los estanques de Bohdanetz ó quizás hasta Kuttenberg, dejando la mitad de la Bohemia en manos de los prusianos, y con ella una superioridad decisiva para toda la campaña. Sin embargo no se verificó la reunion de los dos ejércitos prusianos, ni avanzaron ni juntos ni separados; el mes de agosto pasó en mera expectativa por ambas partes, y en setiembre la rigurosa temperatura, las enfermedades y la falta de subsistencias obligaron á salir de Bohemia primero al rey y despues á su hermano. Desde entonces ya llevaron la voz, no los generales, sino los diplomáticos, y la cuestion ya no giró sobre la Baviera, sino sobre los dos principados de Ansbach y Baireuth, situados en la Franconia. En efecto, el Austria ofreció renunciar á la sucesion de Baviera si la Prusia renunciaba por su parte á estos principados. Eran dos cosas que nada tenían que ver una con otra, y contra cuya involucracion protestó decididamente y con razon Federico el Grande. La intervencion de la emperatriz Catalina II de Rusia, que mediante los buenos oficios de Francia había llegado á un arreglo con la Turquía, decidió la paz, pues Catalina en los asuntos de Alemania, se puso resueltamente del lado de la Prusia. Tanto en Viena como en San Petersburgo declaró por medio de sus ministros que deseaba y esperaba que la emperatriz-reina diese satisfaccion á las reclamaciones y quejas de los príncipes del imperio germánico, en especial á las muy justas que había suscitado la usurpacion de la Baviera, pues de lo contrario se veria precisada á enviar al rey de Prusia el auxilio armado que estaba obligada á darle por los tratados.

Por su parte el baron de Breteuil, sobre la base de una Memoria escrita por Federico el Grande y aprobada en un todo por el gobierno francés, redactó un proyecto de paz general, que fué presentado en enero del año 1779 á un congreso de ministros reunido en Teschen, y allí mismo, despues de muchas dilaciones por parte del emperador en connivencia con el príncipe Carlos Teodoro se hizo la paz en 13 de mayo, día del cumpleaños de María Teresa. En este tratado de paz restituyó el emperador toda la Baviera y el Palatinado Alto, menos el distrito de Burghausen, y garantizó al duque de Dos Puentes, como igualmente á todas las ramas de su familia que tuviesen derecho para ello, la sucesion en Baviera. El príncipe elector de Sajonia fué indemnizado con 6 millones de florines pagaderos en plazos